





A. Fdez Navarrete  
40 E

A-Gj 173/10

R  
122060





*Lit. de M. Fernandez, P.<sup>a</sup> S. Nicolas. Ty 9 Madrid.*

**NUESTRA SEÑORA DEL PERFECTO SOCORRO.**

# NUESTRA SEÑORA DEL PERPETUO SOCORRO

EN MADRID



## CAPÍTULO PRIMERO

El secreto de un pintor.



ACIA el año 1450 vivía en Roma un matrimonio que pasaba por modelo de virtudes.

Ambos eran jóvenes y parecían nacidos para la felicidad.

Andrés y Laura.

Él era pintor afamado y ganaba buenas piastras.

Pero pintaba con mala estrella.

Nunca le pagaban, según él decía.

Lo cual era muy chocante, porque sólo trabajaba para la nobleza de la Ciudad Eterna, esto es, para la gente de dinero.

Ningún artista se quejaba de tal clientela.

Ni aun Andrés.

Es decir, éste se quejaba solamente para su mujer.

Había llegado el caso de que siempre que le veía coger los pinceles para emprender una obra nueva, suspiraba amargamente.

—¿Qué, no te alegra verme trabajar?—la preguntaba su esposo con extrañeza.

—¡No mucho!—contestaba la infeliz con acento triste.

—¿Por qué?

—¡Sabiedo que no has de cobrar!

—¡Oh, esta vez...!

—¡Será como todas!

Y generalmente acertaba.

Lo más extraño del caso era que Andrés nunca recurría contra sus deudores, á quienes trataba con muchísimo respeto.

Había hecho dos prohibiciones á su mujer.

La primera, que no se quejara á nadie de la penuria de su estado.

La segunda, que no recibiese á nadie en su ausencia.

De estas dos prohibiciones la una excluía á la otra.

Porque no recibiendo á nadie ¿á quién se había de quejar?

Pero como Andrés se hacía lenguas de Laura, y ésta ponderaba las cualidades de Andrés, de aquí el que aquellos dos seres excitaran la envidia de todos los casados de Roma.

Los maridos proponían á Laura por modelo, y las mujeres al pintor.

En cierta ocasión un magnate romano forzó la consigna por un descuido.

Iba á encargár una obra á Andrés.

Halló la puerta franca y, sin intención ninguna de sorprender á nadie, llegó hasta una habitación donde se encontraba el ama de la casa.

El pintor había salido.

Laura se acordó de su recomendación respecto de que no viera á nadie en su ausencia.

Para obedecerle en lo que podía, echó mano de un expediente que se la ocurrió en el momento, fingiéndose una criada de la casa.

—Mis señores han salido y no volverán hasta muy tarde—dijo con la esperanza de que aquél se ausentase.

Pero el noble romano debía tener gana de conversación.

En vez de marcharse pidió licencia para descansar y tomó asiento.

Laura no podía arrojarle de allí, siendo uno de los parroquianos de su marido.

El otro, sin apercibirse de su turbación, y chocándole la pobreza del mobiliario, exclamó:

—Veo que tu señor vive como un anacoreta... y es extraño ganando tanto dinero.

—Mucho gana, efectivamente ¡pero como nadie le paga...!

Estas palabras fueron dichas sin intención; después Laura echó de ver que había cometido una imprudencia.

—¡Que nadie le paga!—exclamó el gran señor, poniéndose en pie, algo ofendido por ser él uno de los parroquianos del artista.

Laura quiso enmendar su error; pero ya era tarde.

—Me parece haber oído...

—Pues no son esas las noticias que tengo; hablando por mí, diré que en un año le he dado á ganar algunos miles de florines en dinero contante y sonante, por los lienzos que ha hecho para mi palacio de la vía Apia.

—¿De veras?—exclamó Laura olvidando su papel de criada.

—¡Y tanto! ¿Hay noticia en Roma de que el príncipe Omano deba ni una piastra á ningún artista? No se atrevería á afirmarlo tu señor delante de mí.

—Serán otros los que le deban—dijo Laura con una desconfianza instintiva de su marido.

—Nadie, que yo sepa; tu amo no trabaja para pobres... y aun muchas veces cobra por adelantado.

—¡Adelantado!

—Comprendo que á ti no te lo diga, pero la señora debe saberlo.

—¡Ni una palabra!—contestó Laura con ingenuidad.

—¿De veras?

—Como os lo digo.

—Es que tu amo es un bribonzuelo, y se ausenta

de su mujer para... En fin ¿á mí qué me importa?

—¿Para qué?

—¡Hola...! ¿Eres curiosa?

—Lo soy doblemente como mujer y como criada.

—¿No ha sospechado la señora que su marido tiene algún vicio?

—Confieso que á veces...

Laura se detuvo viendo que iba á venderse; pero queriendo lograr su objeto, prosiguió luégo, fingiendo indiferencia:

—Algún disgustillo hay entre los dos; el amo viene tarde muchas noches y con un humor de Satanás.

—¡Ya...! Cuando pierde ¡que es casi siempre!— exclamó el príncipe sonriéndose.

—¿Cuando pierde?—dijo la infeliz esposa palideciendo.—¿Acaso juega?

—¿A ti qué te importa, picaruela?—contestó aquél dándola familiarmente con la mano en la mejilla.

—¿Es verdad lo que decis?... ¿Acaso Andrés olvida sus obligaciones hasta ese vergonzoso extremo?

Laura habló así olvidando el papel que representaba.

Sus palabras y el tono con que las pronunció chocaron al magnate.

Éste, entonces, se fijó en sus ademanes, en su porte, que no era el de una mujer encargada del servicio doméstico, y en su extraordinaria palidez,

que indicaba un interés ajeno al de una criada.

Estas observaciones le dieron á conocer su error.

Pero en el terreno en que estaba colocado, y para evitar un compromiso, no tenía más remedio que fingir.

Aparentó creer lo que antes creía y se dispuso á marchar.

— ¡Príncipe, por favor!—le dijo Laura.

— ¡Eh, bachillera... déjame en paz!—contestó aquél, dando un paso hacia la puerta.

Pero Laura, olvidándose de la prudencia ante aquel secreto que acababa de sorprender, se interpuso y, cruzando las manos sobre el pecho, exclamó con doliente franqueza:

— ¡Príncipe, soy la mujer de Andrés!... Vivo engañada y, ya que habéis empezado, decidme todo lo que sepáis de mi marido.

— ¡Señora!—balbuceó aquél sin saber cómo obrar en caso de tal índole.

— Suponed que en efecto soy una criada á quien no pagan su salario.

— ¡Ya me pesa haber hecho tal suposición, y no seguiré...!

— Entonces, ¿para qué habéis comenzado?

— Todo ello no es nada y le dais más importancia de lo que merece. ¡Que Andrés juega algunas piastras! Bien puede, ganando tanto dinero.

— Queréis disculparle en vano... y para ello hay que admitir lo que he dicho antes, que nadie le paga, y vos el primero.

—¡Eso no, señora!

—Entonces hay que admitir otra cosa más triste: ¡que se juega todo el dinero que gana!

Laura rompió á llorar.

El príncipe no replicó.

¿Cómo desmentirla?

Disculpar la conducta de su marido hubiera sido una villanía; confirmar á su esposa en lo que pensaba, una crueldad.

Después de una brevísima pausa el magnate se dispuso para salir, diciéndola con acento bondadoso.

—Andrés no está pervertido... En cuanto á vos, tenéis encantos suficientes para atraer al redil la oveja descarriada; ensayad la dulzura, y algún día me agradeceréis el consejo.

Y tras estas palabras saludó, saliendo luégo de la estancia.

Al poner el pie en la calle, exclamó:

—¡Torpe de mí, que he tomado el terciopelo por lienzo crudo! ¡No me sucederá otra vez hacer confidencias á las criadas de mis amigos!

---

En cuanto á la pobre Laura quedó como el lector puede suponer.

Nunca había sospechado que su marido mintiese... y menos que jugase.

Sí la chocaba la circunstancia de que, trabajan-

do mucho y para gente rica, muy raras veces cobrase y en mezquinas cantidades.

Pero no llegó nunca á suponer un engaño, ni en juego ni en amores.

Tenía fe en el cariño de su esposo.

Pero con lo que acababa de saber, lo comprendió absolutamente todo.

Su penuria, que casi se codeaba con la miseria, su humor atrabiliario la mayor parte de las noches cuando se retiraba á deshora, la prohibición de que no recibiese á nadie en su ausencia.

¡Oh! Tal vez Andrés preveía el caso que acababa de acontecer, y por eso la condenaba á una reclusión casi perpetua, privándola hasta del trato de sus amigas.

«Ensayad la dulzura,» la había dicho el príncipe.

¿Era esto posible en vista de una conducta tan ruin?

¿Podía ser dulce, amante y cariñosa con el hombre que la privaba de todo, engañándola villanamente?

Laura se sentía con aliento para seguir siendo mujer; pero el papel de santa pesaba mucho sobre sus hombros.

---

Andrés no pareció en todo el día, y eso que contaba con trabajo.

—¡Tal vez le habrá cobrado adelantado!—pensó Laura, recordando las palabras del príncipe.

Aquella noche, contra su costumbre, se retiró temprano.

Era tal su preocupación, que no reparó en la de su mujer.

Laura le contempló en silencio.

Estaba más inquieto que otras veces.

Dentro de aquella sombría frente rugía sin duda una tempestad.

De vez en cuando se crispaban sus puños, fruncía las cejas y miraba á lo alto con desesperación.

El hombre, cuando sufre, mira hacia arriba, que es de donde espera el consuelo.

La alegría le hace mirar abajo.

Levantóse del asiento que ocupaba, y comenzó á medir la habitación á grandes pasos.

Dos ó tres veces dirigió la palabra á Laura sobre cosas indiferentes y que no se rozaban para nada con su estado de inquietud.

Parecía que luchaba con el modo de decir algo importante, ó que siendo cosa grave quería retardar el momento.

Por último, parándose de pronto delante de su mujer, dijo:

—¡Laura...!

—¿Qué quieres?—preguntó ésta con cierta ansiedad.

—¿No has sentido nunca deseos de viajar?

—¡Nunca! En mi juventud, por no salir de la

casa de mis padres; hoy, por no abandonar la mía.

—Creo que no te pesaría pasar una temporada en Velletri.

Este pueblo está próximo á Roma.

—¿Y llamas viajar á eso?—exclamó Laura, que veía una segunda intención en las palabras de su marido.

—Cuanto más cerca mejor.

—Es verdad; pero... ¿y tú?

—Yo... dentro de unos días iría á reunirme contigo.

—¿Es decir, que me dejarías sola?

—Por un corto espacio de tiempo.

—¡En un pueblo donde no conozco á nadie!

—¿Y qué?

—Vamos, Andrés, ¿qué idea oculta ese repentino deseo?

—¡Cómo...! ¿Crees tú que yo ando con ocultaciones?

—Me lo parece.

—Pues estás en un error.

Laura replicó con intención:

—¿Acaso has ganado al juego alguna cantidad considerable y quieres regalarme!

—¡Al juego!—exclamó Andrés palideciendo.

—Aunque para pasar una temporada en Velletri no es necesario disponer de mucho dinero.

—Pero ¿qué estás diciendo, Laura?

Y Andrés se acercó á la joven frunciendo horrosamente las cejas.

—¿No es el juego tu pasión favorita?

—¡Laura!

Afortunadamente, aquella escena, que anunciaba un trágico desenlace, fué interrumpida por la criada, que entregó á su señor algunas líneas escritas en un papel.

Después de leerlas exclamó Andrés gozoso:

—¡Oh! ¡Él aquí...! ¡Puede que nos hayamos salvado!

Y salió precipitadamente, sin despedirse de su mujer.

Laura quedó ensimismada.

Aquel viaje á Velletri encerraba para ella algún misterio.

---

## CAPÍTULO II

---

### El naufragio de un alma.



QUELLA era la época fatal en que los turcos paseaban sus naves triunfantes por las costas del Mediterráneo, sembrando el terror doquiera se presentaba su blanco pabellón.

Los que podían huir huían de los pueblos ribereños, donde no había seguridad personal.

Los pobres que, á causa de su misma pobreza, tienen que resistir todo lo malo, permanecían en sus hogares, pensando en que al día siguiente podían ser destruidos por los feroces sectarios de Mahoma, yendo ellos y sus mujeres á poblar los bazares de Smirna y Constantinopla, donde serían vendidos como carneros.

Muchos habitantes de la isla de Creta huyeron hacia Italia.

Un barco de esas aves voladoras que abandona-

ban sus nidos en busca de un suelo extranjero, fué acometido, á la altura del Ponto, por una violenta tempestad.

Llegó el caso de arriar velas primero; mas como el mar desatase su furia asoladora, hubo que picar palos.

Esta maniobra es como la Extremaunción para un enfermo.

Cuando se echan los palos por la banda y el timón no gobierna, el barco se va á pique, si está en alta mar, ó estrellado contra las rompientes si se halla cerca de alguna costa.

La embarcación á que nos referimos giraba sobre sí misma, formando remolinos espantosos.

El mar mugía como un gigante cuando se incomoda, amenazando sus olas, grandes como montañas, tragarse la tierra.

Los pasajeros rezaban.

La tripulación, que ya no tenía maniobras á que entregarse, estaba en vías de hacerlo.

Cuando un marinero reza durante una tempestad es mala señal.

El siniestro no tarda en sobrevenir.

Un hombre, joven aún, asido fuertemente á la banda del barco, miraba sin inquietud aquel grandioso al par que salvaje espectáculo.

Era el único entre todos que estaba sereno.

O era un prodigio de sangre fría ó un loco.

De cualquier modo causaba admiración el verle.

El patrón, que á pesar del peligro y acaso por él

mismo, ocupaba su puesto de á bordo, le dijo durante un momento de calma:

—¡Parecéis bien resignado á morir!

—¡Bah! ¿Quién piensa en la muerte?—exclamó aquél casi con indolencia.

—¡Cómo! ¡Esperáis que nos salvemos de esta deshecha borrasca!

—Con la ayuda de Dios.

—¿Pero no veis que roto el timón es lo mismo que si Dios nos hubiera dejado de su mano?

—¿Y quién os dice que no gobierne el barco otro timón más seguro que el que hemos perdido?

—¡Está loco!—exclamó el patrón, dirigiéndose á un marinero.

¡*Ora pro nobis!* se oía bajo cubierta, donde los atribulados pasajeros, que esperaban la muerte, iban entonando la letanía de la Santa Virgen.

El joven se acercó al patrón como pudo, y sacando del pecho un lienzo enrollado, le exhibió á sus miradas.

Era una hermosísima imagen de la Reina de los ángeles.

—He aquí el timón de que os hablaba—exclamó.—Esta es la que ha de salvarnos mejor que todas las maniobras que ha hecho vuestra gente; ésta, la MADRE DEL PERPETUO SOCORRO, á quien he invocado en los lances más críticos de mi vida. Pidámosla con fe que nos ampare y pronto vendrá en nuestro socorro.

Al decir estas palabras, que sin duda fueron

oídas desde abajo, se abrió la escotilla que cerraba la cubierta y aparecieron todos los pasajeros de hinojos, fijando sus miradas en el lienzo que el joven tenía entre sus manos, exclamando:

—¡Santísima Virgen del Perpetuo Socorro, sálvanos!

---

A poco el huracán se convirtió en viento y el viento degeneró en brisa.

El mar hizo que sus montañas se convirtiesen en llanuras.

La espuma se deshizo.

Los nubarrones se disiparon y brilló el sol donde antes había culebreado el relámpago.

Allá abajo zumbaba el trueno como en són de protesta, pero alejándose.

El barco caminaba hacia las costas de Italia, que ya apuntaban en el horizonte como una línea dorada, y los pasajeros subieron sobre cubierta para adorar de cerca á la Virgen, que acababa de salvarlos de un peligro de muerte.

Todos eran testimonios elocuentes del milagro.

Llegados al puerto cada cual tomó el camino que convenía á sus intereses.

El joven se dirigió á Roma.

En el camino vió una luz extraña que le hizo palidecer.

—¡La Virgen me llama!—exclamó casi con ale-